



Carme Navarro i Morgades

#Nadie  
durmiendo en la calle  
Acompañando a las personas  
sin hogar

Con prólogo de  
**Salvador Busquets Vila,**  
director de Cáritas Diocesana de Barcelona

y presentación de  
**Rodolfo Puigdollers Noblom,**  
escolapio

Colección Emaús 158  
Centre de Pastoral Litúrgica

Director de la colección Emaús: Mercè Solé

Diseño de la cubierta: Mercè Solé

Fotografía de la portada: detalle de la escultura «Homeless Jesus» de Timothy Schmalz en Dublín.

Fotografías del interior: Pixabay

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA  
Nàpols 346, 1 – 08025 Barcelona  
Tel. (+34) 933 022 235  
cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-9165-215-1  
Depósito legal: B 13363-2019

Printed in UE

Imprime: Ulzama digital, S.L.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Prólogo.	
Sin hogar en una sociedad del bienestar .....	7
¿Qué es el sinhogarismo? ¿Quiénes son las personas sin hogar? .....	8
Causas del sinhogarismo.....	11
Percepciones y realidad.....	15
La importancia del marco estructural.....	21
Presentación .....	25
#Nadie durmiendo en la calle	
Introducción.....	33
¿Quieres saber dónde vivo?.....	39
Solo tenía dieciocho años.....	43
En el banco de la plaza .....	47
Dentro de un coche abandonado.....	53
Buscando piso.....	57
Raquel vivía en el bosque.....	61
Los hombres de los carritos .....	65

La Luz de la Navidad.....	69
Carla y Mónica.....	71
Marta.....	75
Y todavía sonrén.....	79
Envuelto en una manta.....	81
Ya había anochecido y llovía... ..	85
Catalina.....	89
El pan de cada día.....	97
Algunas imágenes.....	103

## ¿QUIERES SABER DÓNDE VIVO?

Lo conocí sentado en un lado de la calle, con el vaso en la mano pidiendo: tenía unos treinta y dos años. Iba cambiando de lugar, pero siempre en la misma calle, en el centro, casi cada día te lo podías encontrar. Se ponía a pedir con su vaso en la mano muy temprano por la mañana. Siempre sonreía y al ponerle las monedas su sonrisa era de oreja a oreja.

Algún día me detenía a hablar con él. Uno de estos días me dijo si podía ayudarme a pagar un lugar donde dormir. Yo le dije:

–*¿Dónde duermes ahora?*

–*¿Quieres saberlo? No está muy lejos.*

Así pues, se levantó del suelo, cogió la mochila y me fui con él por la carretera. Anduvimos unos diez minutos. Por el camino me iba explicando las enormes dificultades de vivir en la calle... También me hablaba de su familia, su hijo, su madre, y en especial del frío del invierno. Al llegar al «lugar», me dijo:

–*Mira aquí* –señaló un puente.

–*¿En el puente?* –le pregunté yo.

–*Sí, duermo aquí debajo.*

Pues sí, bajo un puente no demasiado grande, junto a la carretera. Yo había pasado muchas veces por allí a pie. Nunca hubiera imaginado que alguien pudiera dormir allí.

Le dije:

*–Durante este invierno ya no dormirás más aquí.*

Él mismo se buscó una habitación realquilada. Cuando me veía, ya de lejos levantaba el brazo, saludándome, y siempre son su sonrisa.

*Compartir, estar junto a...*

Sí, sabemos que no solucionaremos su vida, pero aquel invierno, y bastante tiempo más, *una persona no vivió en la calle.*

El Señor te guarda a su sombra,  
está a tu derecha.

Salmo 121,5



Partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos. Entonces surgirá tu luz como la aurora, enseguida se curarán tus heridas, ante ti marchará la justicia, detrás de ti la gloria del Señor.

Entonces clamarás al Señor y te responderá; pedirás ayuda y te dirá: «Aquí estoy». Cuando ofrezcas al hambriento de lo tuyo y sacies al alma afligida, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad como el mediodía.

Isaías 58,7-10

Levanto mis ojos a los montes:  
¿de dónde me vendrá el auxilio?  
El auxilio me viene del Señor,  
que hizo el cielo y la tierra.

Salmo 121,1-2

## SOLO TENÍA DIECIOCHO AÑOS

¡Estaba tan delgado cuando lo conocí! La verdad es que me impactó su relato.

Cómo explicaba su vida, de niño y de joven, y en especial cuando, junto con un amigo, decidió coger una «patera». Quería una vida mejor y ayudar a su familia.

Cómo explicaba la travesía:

*–En aquella «patera» tan pequeña para tanta gente. Nos quedamos sin agua ni alimentos. Murieron muchos, entre ellos, un primo mío y un amigo, mi mejor amigo, lloré mucho.*

Así pues, cuando aquella «patera» llegó a Canarias, lo llevaron a un centro de menores. Solo tenía dieciséis años. Estuvo allí dos años, donde pudo estudiar un poco el idioma, y a los dieciocho años, con la mayoría de edad, tuvo que irse. Solo, sin familia. Decidió venir a Barcelona.

Y ahora lo tenía ante mí.

Yo, escuchándolo, pensaba: ¡Dios mío!, tan joven y lo que ha vivido. Así pues, nos pidió ayuda, iba de albergue en albergue y aquellos días estaba en la calle.

Valió la pena echarle una mano, ayudarlo en el alquiler de una habitación, alimentos, ropa, algo de dinero para desplazarse a Barcelona y, finalmente, el primer

trabajo. Poco a poco se fue situando, incluso pudo ayudar a su familia económicamente e ir a visitar.

Sí, hay esperanza. No le ha sido fácil, ha trabajado mucho y muchas horas. También debo decir que ha recibido humillaciones y no muy buen trato, en especial en los primeros trabajos. Lo aguantó. Ahora está bien y trabaja con contrato. Trabaja de ayudante de cocina. También está estudiando cuando se lo permite su horario laboral.

Hassi, el más joven de los que conocí durmiendo en la calle, pudo salir de ella.

A veces un poco de ayuda puede hacer de puente para normalizar la vida.

*La alegría de compartir*

## DENTRO DE UN COCHE

### ABANDONADO

Y pedía en la puerta de la iglesia

Así vivía Francisco, así lo conocimos, siempre con la mano extendida pidiendo en la puerta de la iglesia. Joven todavía, no había cumplido los cuarenta, muy delgado, sin dentadura, ¡madre mía! ¿Qué le debe pasar?, nos preguntábamos.

Recuerdo aquel primer domingo por la tarde. Nos iba explicando...

Siendo niños, lo llevaron a un orfanato, junto con su hermana dos años menor. Con voz un poco rota, nos iba diciendo lo que recordaba:

*–A veces venía a buscarme algún matrimonio para pasar el fin de semana con ellos.*

*–Esto duró un tiempo...*

*–Al final, vino un matrimonio a buscarme y me adoptó.*

(Iba explicando...)

*–No sé cómo, pero en la adolescencia, me enganché a las máquinas tragaperras.*

*–Empecé poco a poco, pero ya no las podía dejar. Primero me gastaba el dinero que me daban mis padres para mis gastos, pero después les cogía todo lo que podía, no lo podía dejar.*

*–Más tarde me casé (nos decía), tengo dos hijos, un niño y una niña, ¡preciosos! Pero no puedo vivir con ellos ni con mi madre, por mi adicción al juego. También me separé de mi mujer, los hijos los ha cuidado mi madre.*

*–Lo peor de todo, de todo, es el juego, más que el alcohol. Se pasa muy mal, he hecho sufrir mucho a mis padres, no puedo vivir con alguien porque le robo para poder jugar.*

*–He estado ingresado bastantes veces para curarme, pero he vuelto a caer. Lo que más quiero es recuperar a mi familia.*

¡Dios mío! Nos impactó a todos.

Y aquella tarde fue la primera de muchas otras tardes, y de mucho tiempo de compartir con Francisco.

Pasados unos días lo fuimos a buscar al coche donde vivía. Aquel día lo acompañamos a una pensión. Tampoco se olvida. Fue el inicio de bastantes años.

Estuvo todavía mucho tiempo, años, pidiendo en la puerta de la iglesia, pero al menos ya no dormía en la calle o en el coche. Y nosotros apoyándolo:

– Conocer a la familia.

– Acogerlo y escucharlo.

– Ayudarlo económicamente para pagar la pensión.

Visita al dentista y ponerse la dentadura. ¡Qué contento estaba con sus dientes! Hablaba mejor, se le entendía mucho más y reía, podía enseñar los dientes. Ahora, la gente al referirse a él, ya no dirían:

*–Sí, aquel hombre que no tiene dientes.*

Ya no lo dirían, porque aquella persona tenía un nombre.

Ayudar a una persona, no es solo dar, dar cosas materiales. Naturalmente que para las personas que viven en la calle es imprescindible la ayuda económica. Pero hay que tener la delicadeza de saber dar con naturalidad, dar sin que la persona que recibe se sienta inferior y que la que da se ponga a su lado, *sí, a su lado*, ni más bajo ni más alto. Quiero decir saber dar, saber estar. No es una actitud fácil. Sin darnos cuenta, de una forma inconsciente, nos sentimos «más que» y siempre en nuestro interior decimos «pobre». Sí que son pobres al menos materialmente, pobres de no poseer nada, pero ¿sabemos cómo son por dentro? ¿Sabemos si viven interiormente una vida de esperanza? Quizá su corazón está lleno de bondad, quizá *tienen* una gran riqueza interior. ¿Qué los ha llevado a vivir en la calle? Hay que tenerles un gran respeto.

Es preciso un trato sincero, delicado, un trato de proximidad, continuado, naturalmente siempre que sea posible.

Los casos y las causas son muy variados, todos complicados y muy difíciles, por eso es aconsejable que cuando se intenta ayudarlos no sea una sola persona. La mayoría de las veces es necesario un equipo, aunque sea pequeño, más de una persona.

Pues sí, Francisco ¡lo consiguió!

Sí, salió de la calle, después de mucho tiempo volvió con su familia, y trabaja, y es voluntario de la Cruz Roja y de otras entidades.

Y como un regalo, ha tenido noticias de su familia biológica, después de más de cincuenta años. Su hermana se ha puesto en contacto con él. Se han visto, se han encontrado. Esto hace que se sienta mejor. Siempre decía que quería saber, que era un vacío en su vida. No hace falta entrar en detalles. Francisco sabrá y podrá cerrar, tal vez, las preguntas que tantos años quiso saber. Está muy contento.

Aquel niño que a los siete años adoptaron. Aquel joven que cayó en la adicción de jugar en las máquinas tragaperras.

Aquel hombre que dormía en el coche y pedía en la puerta de la iglesia:

*Ha podido volver a vivir con su familia y en su casa. Ya no dormirá más en el coche o en la calle.*

La persona humana es lo más sagrado,  
el tesoro en el que más vale invertir,  
ayudar, reconstruir, amar.